

COMUNICACIÓN Y PERSONA HUMANA*

Loreto Caviedes Armengolli

Directora

Carrera de Periodismo

Universidad Gabriela Mistral

El tema de la comunicación y el lenguaje son preocupaciones centrales de la filosofía y de las ciencias sociales, aunque hoy día se trata más bien de una *hermenéutica*, que de una teoría de la comunicación humana propiamente tal.

La comunicación es una actividad esencial para la persona humana, la que puede realizar su naturaleza social a través de ella. Incluso se podría decir que la persona se realiza, se actualiza, a través de la comunicación. Lo que está en potencia pasa a ser acto a través de ella.

Hay quienes consideran que la capacidad de comunicación es común a todos los mamíferos. Sin embargo, resulta evidente que entre la comunicación humana y cualquier interacción con función comunicativa que se produzca entre los animales, existe una diferencia que es mucho más que una diferencia de complejidad. La comunicación humana está relacionada con las facultades del alma de inteligencia y voluntad y con la sociabilidad propia de su naturaleza, sociabilidad que es, a su vez, una demostración de su racionalidad.

El carácter personal del ser humano, que es persona por estar dotado de alma espiritual, está indisolublemente ligado a su ser inteligente y libre. Radica precisamente en su facultad de entendimiento la posibilidad misma de ejercer la libertad. Es necesario conocer, comprender, para poder ejercerla. En este proceso, la comunicación y el lenguaje juega roles fundamentales.

* Conferencia dictada ante un grupo de profesores de colegios de la Ilustre Municipalidad de Las condes como parte del Diploma en Ética y Valores, realizado en la Universidad Gabriela Mistral.

Pese a que la inteligencia, en cuanto facultad del alma, no necesita del lenguaje, ya que es intuitiva (*intus legere, es decir, lee al interior de la cosa*), no sucede lo mismo con la razón, ya que ésta es discursiva y necesita del lenguaje para su desarrollo, lo mismo que la natural sociabilidad del hombre se realiza discursivamente y necesita del lenguaje.

El ser social del hombre tiene una doble vertiente: se es social por la riqueza interior que cada cual posee y que necesita y desea compartir, y por la propia debilidad y necesidad de los otros que todos experimentamos. El hombre no puede estar solo y le resulta imprescindible la existencia de los otros para su subsistencia y realización plena. De este modo, como lo ha señalado Jacques Maritain (La Persona y el Bien Común), el hombre es social a doble título. No sólo por necesidad o indigencia (en cuanto es un individuo), sino, sobre todo, por riqueza interior y generosidad, en cuanto es persona. Por lo tanto, se es social por **abundancia** y por **carencia**.

Por su parte, Rafael Alvira explica esto a través de una paradoja. Dice que ser persona consiste, al mismo tiempo y en el mismo plano esencial, en ser **uno**, es decir, único, individual, y al mismo tiempo, ser **relación**. No es más esencial al ser persona el ser uno, que el ser relación o estar en relación con los otros.

La comunicación es intrínseca al ser persona y está en la génesis de toda estructura social. Entre emisor y receptor se establece una **comunidad**, un ámbito o espacio común. En griego existía sólo un mismo término para designar los conceptos de *comunicación* y de *comunidad*: la palabra *koinonia*. Se establece una comunidad porque se pone en común.

“Comunicación es la relación comunitaria humana consistente en la emisión y recepción de mensajes entre interlocutores en estado de total reciprocidad, siendo por ello un factor esencial de convivencia y un elemento determinante de las formas que asume la sociabilidad del hombre”, dice Antonio Pasquali.

Boecio definió al hombre como sustancia individual de naturaleza racional. Esta racionalidad implica que el hombre debe salir de sí mismo para adquirir autoconciencia. Es necesario primero reconocer al otro como distinto de mí, para luego reconocermé a mí mismo como individuo. Este doble movimiento

implica ser social y ser individual. Si faltara uno de ellos, lo social o la individualidad, no se sería persona.

La manera que tiene el hombre de relacionarse con los demás y con el mundo es de extraordinaria complejidad, y tiene características únicas dentro del reino animal de racionalidad, emocionalidad y culturalidad.

El animal tiene una referencia inmediata a la realidad. Su aproximación no es mediada o simbólica, como en el hombre. El animal percibe concretamente lo dado y con notables restricciones de perspectivas, y reacciona ante ello de un modo instintivo o a partir de pautas aprendidas.

El hombre, en cambio, actúa por una captación pensante de la realidad y por un dominio sobre ella. Esto quiere decir que puede tener una previsión planificadora sobre la realidad; puede cuestionarla, conceptualizarla, etc. Sin embargo, su aproximación a la realidad no es sólo racional, si no que también es afectiva. Intervienen las pasiones con toda su riqueza y fragilidad emocional. Por otro lado, la aproximación del hombre a la realidad exterior es cultural.

La persona humana es un ser cultural

Esta característica se manifiesta de dos maneras fundamentales:

- En la perspectiva filosófica, la cultura se manifiesta fundamentalmente, en el cultivo de las virtudes. El hombre debe **adquirir** el hábito de las virtudes. Especialmente las virtudes que cualifican a la persona en relación con su fin último. Estas son las virtudes morales.
- En la perspectiva de las ciencias sociales y de la historia, el hombre es cultural en la misma medida que se proyecta *ad extra* creando cultura, la cual al mismo tiempo se revierte sobre él. En este sentido se puede señalar que la cultura es un modo propio de existir del hombre, o un modo de habitar el mundo con un significado y un sentido. Como este significado y sentido no son uniformes u homogéneos en la humanidad, corresponde, entonces, hablar de **las**

culturas. Los antropólogos, en particular, sostienen que lo que hace del hombre un ser capaz de crear culturas es el lenguaje.

Mediante el proceso de socialización a que la persona es sometida desde su nacimiento y que continúa hasta su muerte, la cultura se instala en ella como una segunda naturaleza. Hasta tal punto, que se hace propia y frecuentemente no se es consciente de ella.

El hombre posee una conciencia normativa que lo faculta para una forma específica de comportamiento social. Se orienta por códigos de comportamiento en su trato con los demás; se asocia, establece vínculos, asume deberes y compromisos sometiéndose a reglas o normas, o bien, procurando cambiarlas cuando le parecen inconvenientes. Esto presupone que tiene conciencia de una norma. Estas normas o leyes, si bien en su forma son culturales, en lo fundamental tienen, o deben tener, su cimiento en la ley natural.

En la base de lo cultural está lo lingüístico. El lenguaje es un sistema de signos cargados de significados, los que, en el caso de los lenguajes digitales (en la nomenclatura de Watzlawick), son convencionales, en tanto que en los lenguajes analógicos (por ejemplo, el lenguaje corporal o en las onomatopeyas), la relación entre significante y significado es directa.

El lenguaje simbólico convencional es un fenómeno exclusivamente humano, pese a que existen muchos intentos por establecer similitudes entre la comunicación humana y lo que ocurre entre los animales de una misma especie. En el animal existen comportamientos con función comunicativa. Pero en este caso el llamado "lenguaje animal" consiste en un conjunto de señales, en su mayor parte innatas, aunque también puede adquirir algunas por aprendizaje, pero que están insertas en su código genético y obedecen a su estructura instintiva. El lenguaje humano proviene del *logos* y no de un instinto más evolucionado.

La comunicación humana, en cuanto **acto humano**, es exclusiva de la especie, por sus características de inteligencia y voluntad. Sin embargo, la persona humana también tiene conductas comunicativas involuntarias, lo que podría corresponder a un tipo de lenguaje no verbal, como es el lenguaje corporal. Paul Watzlawick, en su famoso primer axioma dice que

el hombre no puede no comunicarse. Que siempre, en todo momento y circunstancia, está comunicando. Pero esto está planteado desde una perspectiva que identifica comunicación con conducta, y el hombre, así como el animal, siempre tiene alguna conducta, aunque ésta sea dormir. Con esta conducta, según el axioma, de Watzlawick, se estaría comunicando "estoy durmiendo".

Sin embargo, si aceptamos que **comunicar** significa **poner en común un significado**, lo que implica establecer un ámbito común, si yo no tengo conciencia de lo que hago, realmente no estoy poniendo en común. El otro puede leer algún significado en mis conductas inconscientes o involuntarias, pero estas constituyen **señales naturales** más que signos comunicativos. El otro percibe que estoy durmiendo. Pero la percepción no es comunicación, aunque la comunicación implica necesariamente la percepción. Es como el caso del humo que es señal de fuego. Pero el humo no está "comunicando" que hay fuego.

Cuando las conductas no son voluntarias, no constituyen actos humanos propiamente tal, sino que constituyen "actos del hombre". Estos son actos que, como la respiración, o la circulación sanguínea, son efectuados por una persona, pero sin su volición o entendimiento. No hay responsabilidad frente a tales conductas. A este nivel se pueden establecer similitudes con el comportamiento comunicacional animal. Pero en el caso de la comunicación como acto humano no puede haber similitud alguna, ya que no se trata de una diferencia de complejidad o de grados, sino que es algo esencial y constitutivamente diferente. "Se trata de una diferencia radical, por cuanto su raíz es metafísica" (Rodrigo Ahumada).

La comunicación humana, dice Francisco Sanabria, no constituye un fin en sí misma, sino que es un medio que permite al hombre estructurar su entorno –ordenar, recordar y prever-, acumular y transmitir sus experiencias, dominar su medio (físico y social), y, esencialmente, vivir en comunidad. A través de la comunicación simbólica la vida humana pasa de ser puro transcurso biológico para hacerse expresable, asumible y asumida, coherente y ordenable. La coexistencia se torna convivencia, es decir, vida social.

El lenguaje simbólico humano es el mediador de sentido. El sentido es algo en que fundamentamos nuestra existencia y es el orientador de la conducta.

El sentido, como el fin, es la fuerza que mueve a la existencia y en él se funda la raíz de la acción humana. La actuación de cada cual en sus diversas situaciones, exige siempre un valorar y un elegir, lo cual se realiza en relación a determinados esquemas de sentido. La necesidad de sentido y la manera como cada uno se sitúa respecto de su propia existencia fundamenta sus decisiones concretas, dice Alfonso López Quintas en su libro *Vértigo y Éxtasis*.

Ego y Alter

Si bien en la persona humana existe un saber y un sentido originarios, la conceptualización del sentido se logra a través del proceso de socialización, de la interacción con otro. Y sólo es posible a través de la comunicación.

El **yo** no es sólo referido a sí mismo, sino que es también para "**lo otro**". Necesita ir más allá de sí. El ser uno mismo sólo puede realizarse en el ser con otros. El hombre es y estará siempre en el horizonte de la interpersonalidad. Por consiguiente, el problema de la comunicación humana y el problema del hombre social van estrechamente unidos. En realidad, son uno y el mismo problema visto desde dos caras.

Interpersonalidad significa una relación mutua entre personas y en tal relación resulta decisivo el que esas personas se sitúen una frente a la otra con su propia individualidad, cada uno como un yo singular, no intercambiables, pero, que, sin embargo, pueden colocarse cada una en el lugar del otro. La relación mutua es de tal tipo que esos "yo" poseen una referencia recíproca y se necesitan mutuamente para su realización personal.

Esta necesidad de una referencia personal recíproca se deriva de dos hechos: en primer lugar, el individuo se percibe a sí mismo como un sujeto determinado, con una exigencia innata de una autorrealización de ser y de sentido. En segundo lugar, el hecho de que el individuo pueda captarse a sí mismo de esa manera y que posea su espacio personal, presupone la existencia

de otros además de él. Es sólo por eso que él tiene la posibilidad de reconocerse como un "sí mismo", distinto de los demás y de ser reconocido como tal por ellos. En el reconocimiento de la existencia de los otros radica la posibilidad esencial de poder realizarse partiendo de sí mismo. La auto-conciencia se logra en el reconocimiento de los otros. Se trata de un doble movimiento: un mirar hacia afuera, ver al otro como individuo distinto de mí, para luego mirarme con un ser individual.

De esta manera, la necesidad y la posibilidad de una comunicación con los demás se funda en el hecho de que el "yo" puede llegar a conocerse a sí mismo, a saber algo de sí sólo cuando puede experimentarse como diferente, pero **con** otros.

La comunicación humana es relacionante y es simbólica. La persona tiene la capacidad de substituir las cosas por signos. Esta capacidad simbólica, que permite al hombre una riqueza extraordinaria en su potencial de comunicación, ha sido vista, sin embargo, por algunos autores como una limitación de lo humano.

Hoy proliferan las posturas y teorías que, si bien se centran en el lenguaje, postergan a la persona. El problema, que es el problema mismo de la filosofía contemporánea, es que si no se conoce al **ser**, no se puede conocer a la persona. Y no conociendo a ésta, no se puede analizar la comunicación como un acto plenamente humano.

Para el pensamiento estructuralista de la cultura, sostenido por Claude Levy-Strauss y otros, resulta infantil considerar la existencia de su sujeto con libertad y responsabilidad. Según explican Reale y Antiseri en su *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico*, el estructuralismo considera que es de ignorantes seguir hablando de un **yo personal**. Esta corriente de pensamiento se presenta como una ciencia "verdaderamente libre de engaños" cuyo objetivo es construir una "nueva conciencia científica" que reconozca la poca o nula libertad humana.

Para este enfoque, el lenguaje es anterior al pensamiento, lo cual es contradictorio en los términos. De alguna manera, existiríamos en el lenguaje, el que está gobernado por unas estructuras subterráneas, de las que el hablante no tiene conciencia, pero que determinan su hablar y su pensar. Estas estructuras subterráneas determinarían nuestra visión de la realidad.

Por lo tanto, lo importante no sería el sujeto o la persona. Para ellos, no hay un sujeto hacedor de la historia, o un "yo" con conciencia y espíritu libre. El hombre no sería lo que piensa de sí mismo, ya que la conciencia sería, en el fondo, sólo una ilusión, dice José Miguel Ibáñez Langlois en su texto *Sobre el Estructuralismo*. Este planteamiento que tiene su fundamento original en el pensamiento de Ferdinand de Saussure, es posteriormente complementado con aportes extraídos de las teorías de Marx y de Freud.

En la elaboración estructuralista, nuestro hablar, que nos parece el texto de un discurso voluntario, no sería sino la expresión de una estructura profunda que se origina en el interior del inconsciente, el que no sería sólo la masa de instintos ciegos del "ello" freudiano, sino que sería lingüístico. El código lingüístico constituiría la estructura profunda del "id".

La lengua y todos los códigos simbólicos que constituyen una cultura, con sus creencias, normas y ritos, serían los elementos que nos gobiernan y determinan. De esta manera, en un mundo cada vez más simbólico, la determinación a la que está sujeto el hombre sería cada vez mayor. Según Abraham Moles, frente al torrente de símbolos que enfrenta el hombre de hoy, éste se recluye en sí mismo, en lo que llama la "concha personal" y queda en un estado de autismo. Para este autor, la comunicación, en lugar de ser vinculante, se transforma en lo que llama "el muro de la comunicación".

Claude Levy-Strauss, uno de los principales exponentes del estructuralismo, se considera a sí mismo como un marxista pesimista. *"Yo, en cambio, (a diferencia del postulado utópico marxista de la sociedad socialista de la plena igualdad y en la que cada cual tendrá su propia necesidad) veo evolucionar a la humanidad, no en el sentido de una liberación, sino de una esclavitud progresiva y cada vez más completa del hombre hacia el gran determinismo natural"*, dice. (En Ibáñez Langlois)

Esto es lo que esta corriente de pensamiento busca "desenmascarar". Levy-Strauss señala la necesidad de *"transformar las ciencias humanas en ciencias naturales y exactas"*, para lo cual es necesario *"resolver lo humano en lo no humano"*. Es decir, agrega, es necesario *"disolver al hombre"*. (Reale y Antiseri)

Para el estructuralismo, así como para corrientes de pensamiento afines con la sociología del conocimiento, la lengua es algo inmanente. La lengua lo abarca todo, y todo lo real es lingüístico. Sólo puede remitir a algo lingüístico. La subjetividad misma es, en realidad, objetividad, ya que las personas vendrían a ser nada más que unas especies de vasijas para contener la estructura del lenguaje.

Todo lo que existe se reduce a significación. Pero esta significación no es información en cuanto un dato inmaterial. Explica Ibáñez Langlois que para Levy-Strauss, el espíritu, el inconsciente racional colectivo, no es sujeto sino cosa. Todo es sólo cosa. El conocimiento es una relación de cosa a cosa, donde el sujeto no tiene lugar. A esto se refiere cuando afirma que toda subjetividad sería propiamente objetividad.

La persona pasa a ser un lugar donde, debido a particularidad biológica, reina la estructura lingüística. Al información es algo que circula a través de la materia, como una energía. En definitiva, no sería más que una especie de procesador de signos a través de los cuales el mundo efectúa un intercambio consigo mismo.

Según José Miguel Ibáñez, los dos principios fundacionales del estructuralismo son que la lengua no es tanto propiedad del hombre, como éste propiedad de aquella, y, en segundo lugar, que la lengua es un sistema de relaciones internas entre los signos. La valencia de la lengua es pura relación. Un signo sólo puede remitir a otro signo, y así hasta el infinito. En esto consiste la inmanencia del lenguaje.

Resulta evidente que este individuo así determinado por la estructura lingüística no es persona humana, con una dignidad específica y con responsabilidad sobre su destino. Si consideramos, junto Jacques Maritain y Etienne Gilson (quienes llegaron a la misma definición por distintos caminos), que la persona es **un universo de naturaleza espiritual dotado de libre albedrío y de voluntad**, no puede estar sujeta a determinismo. La libertad humana podrá estar condicionada, pero nunca determinada.

A partir de todo lo expresado, podemos concluir que la comunicación humana tiene las siguientes características:

1. Es **un acto libre** (no sujeto a determinismo). Pese a que debe constreñirse a unos códigos compartidos y a unas normas culturales, cada acto de comunicación humana implica libertad. La persona se comunica por gratuidad o por una necesidad, pero siempre lo hace grandes dosis de libertad.

Esta libertad no se refiere a la arbitrariedad en el empleo del lenguaje. Aunque la significación de las palabras tuvo un origen convencional, una vez establecida la significación por la comunidad, se limita enormemente la posibilidad de cambios arbitrarios. Esto no quiere decir que el lenguaje sea estático, ya que constantemente aparecen términos nuevos, pero sólo permiten comunicación cuando su significación pasa a ser aprendida y compartida por otros. "Únicamente en un sentido muy limitado, el individuo particular crea por sí mismo la forma de lenguaje (...). Habla el lenguaje de su grupo (...). Encuentra a su disposición solamente ciertas palabras y significaciones", dice Mannheim. Esto no cierra la posibilidad de las variaciones, o de enriquecimientos que constante viven los lenguajes, producto del espíritu creador del hombre.

2. Una segunda característica es que en el proceso de la comunicación, tanto emisor como receptor son activos en la asignación de significados, o en "rotular" las señales internas que provocan los signos, como diría Melvin de Fleur en su teoría del isomorfismo de significados. Esta interactividad puede darse en una relación simétrica, en la cual hay paridad entre los interlocutores, o en una relación complementaria, en la cual hay disparidad de roles (padre - hijo; profesor - alumno, etc.)

Si bien entre emisor y receptor se produce un vínculo del tipo estímulo -respuesta, no se trata de un estímulo directo-respuesta directa (como podría ser una situación de interacción comunicativa entre animales), sino que de un estímulo simbólico, indirecto, y una respuesta simbólica. Algunos autores prefieren referirse a esta característica de la comunicación humana como *pro-activa*, para diferenciarla de *reactiva* propia del esquema estímulo - respuesta.

Hay teóricos de la comunicación que, influenciados por el positivismo y el materialismo científico, han considerado que al comunicar, lo que se traspa de emisor a receptor es **energía**. Sin embargo, si esto fuera así, el resultado o efecto de la comunicación estaría determinado por el emisor. Sólo dependería de una

dosificación correcta de la energía, acorde al efecto que se desea lograr, según la capacidad de resistencia del receptor. El modelo que grafica esta postura, preponderante en la primera mitad del siglo XX, es el de la *aguja hipodérmica* o de *la bala mágica*. Según el primer modelo, así como una vez que se inyecta un medicamento en un organismo, su efecto debería ser el deseado, si es que se ha dosificado correctamente el medicamento adecuado, así el mensaje bien calculado debería lograr su propósito, independientemente del receptor. El de la bala mágica es sólo otra metáfora de la misma idea. Así como en balística se debe calcular el calibre de un proyectil teniendo en consideración la resistencia del objetivo, también el mensaje bien "calibrado", "perfora" y "penetra" en el objetivo, logrando la consecuencia buscada.

Sin embargo, si se considera que lo que transmite es inmaterial, deja abierta la posibilidad a la libertad del receptor y a la imprevisibilidad de los efectos.

La asignación de significados por parte del receptor es un procedimiento complejo que depende, entre otros factores, de las experiencias previas de cada cual. Una máxima que es importante recordar es que **el receptor recibe al modo del receptor**.

En la teoría del *isomorfismo de significados* Melvin de Fleur explica la enorme dificultad que existe para que, salvo en los mensajes más simples, emisor y receptor den exactamente el mismo significado al contenido de un mensaje. Muy rara vez hay identidad de significación. Por su parte, el sociólogo alemán Niklas Luhmann dice que la comunicación es una *improbabilidad superada*. Para que se produzca la comunicación es necesario superar diversas improbabilidades, entre las que se encuentran que es improbable que el receptor acepte la propuesta que le hace el emisor; que es improbable que la comprenda en sus mismos términos.

Evidentemente, esto no implica la imposibilidad de la comunicación. Tan sólo que es necesario tener presente que no siempre el receptor entiende lo mismo que el emisor. Por lo tanto, es necesario ir adecuando el mensaje, para lo cual resulta necesaria la comunicación de retorno, o *feedback*. Este es el elemento que permite ir evaluando si la comunicación se está produciendo, y aplicar las correcciones necesarias.

3. Otra característica de la comunicación humana es que es **acumulativa e irreversible**. Acumulativa en el sentido de cada episodio de comunicación en que hemos participado se ha hecho parte de nosotros, son parte de nuestra historia de vida. El teórico Frank Dance grafica cada historia personal de comunicación como un espiral cuyo inicio está en el nacimiento y que se proyecta hacia el infinito. En cada momento de nuestra vida estamos en algún punto dentro de ese espiral, teniendo incorporado todo lo anterior. Paul Watzlawick explica este fenómeno mediante su axioma sobre **la puntuación de la secuencia de hechos**. Pese a que la comunicación es un proceso continuo, cada participante puede puntuarla, es decir, le pone un principio y un fin, según su propia percepción de cada episodio dentro del continuo. Esto frecuentemente produce problemas en las relaciones interpersonales.

Y así como se acumula (aunque esté siempre en el primer plano de la conciencia), no es reversible. Una vez que algo está comunicado, asimilado por el receptor, no se puede dar pie atrás. "Lo dicho, dicho está", dice el refrán popular. El emisor puede desmentir lo comunicado, intentar otros mensajes para borrar el mensaje anterior, pero cada uno de esos nuevos mensajes son otros episodios de comunicación, que no pueden borrar de la mente del receptor el mensaje inicial. No se puede forzar el olvido.

4. Finalmente, otra particularidad de la comunicación es que siempre se produce en un contexto que influye. La comunicación nunca ocurre en el vacío, sino que en una situación y ambiente determinados que inciden en el proceso.

Para concluir, es preciso señalar que la comunicación humana es rica en contenidos. Ella excede siempre la mera transmisión de información o de emociones, porque, en último término, la comunicación es donación de sí mismo.